

Fueron trasladados inmediatamente en una miserable barca á los calabozos de Ulúa.

El 25 de Julio al amanecer, partió "La Rosita" á las costas de Yucatán, llevando á bordo á esa juventud cuyo acento se deja oír con entusiasmo en la tribuna republicana.

Aquella turba juvenil era la parvada de golondrinas que enunciaba la primavera del triunfo revolucionario.

## CAPITULO DUODECIMO.

### UN RECUERDO.

En la fortaleza de San Juan de Ulúa, que está situada á un tiro de cañón del puerto de Veracruz, hay un calabozo que encierra la tiernísima memoria de un escritor mexicano.

La ira de los invasores vino á descargarse con la fuerza del rayo sobre aquella frente donde ardía una imaginación de poeta, manifestación luminosa del aliento de Dios sobre el mezquino sér humano.

Florencio Castillo, el autor de *Hermana de los Angeles* y de *Agonías del Corazón*, había tenido como todo hombre de genio, una existencia llena de vicisitudes.

En los labios de Florencio Castillo no apareció nunca el pavor asqueroso del dicterio, ni su corazón latió á impulsos de la venganza.

Aquella alma toda era paz y mansedumbre.

Sus composiciones son el espejo donde se refleja esa alma que hoy reposa en el seno de Dios.

Los franceses enviaron al escritor republicano á las masmorras de San Juan de Ulúa.

Florencio Castillo fué encerrado en un calabozo donde le atacó el vómito.

Fué después trasladado al hospital de Veracruz.

Atravesaba en una camilla cuando el mariscal Forey salía del territorio nacional.

Víctima y verdugo estuvieron frente á frente, como lo estarán más tarde en presencia de AQUEL que mide en su balanza eterna los crímenes humanos!

Florencio Castillo murió en el hospital, ignorado, en el abandono, en la obscuridad. Su cadáver fué sepultado en la fosa común.

¿Quién podrá hoy tomar uno de aquellos cráneos que yacen hacinados en el cementerio de Veracruz, y decir con certeza: "Aquí pensó Florencio del Castillo."

Este nombre que no está grabado en una piedra fúnebre, lo guarda la nación en el álbum de sus recuerdos patrióticos, y la literatura lo ciñe de laureles y siemprevivas!

## CAPITULO DECIMOTERCERO.

### UNA CANCIÓN POPULAR.

#### I.

La noticia del viaje de la emperatriz se anunció en los ángulos todos del territorio, como por un telégrafo subterráneo.

Llegó á las montañas, donde fué recibida como el anuncio de una era nueva que traía en su aliento las auras de la victoria.

No obstante, la situación era todavía muy crítica.

El último empuje de las fuerzas imperiales había arrollado á los insurgentes, á quienes ya les faltaba el aliento en esa lucha perenne en que la sangre de sus arterias inundaba los campos de batalla.

Los destierros en masa, los fusilamientos, las prisiones, todo se alimentaba de la revolución.

Ya el brazo de los opresores desfallecía á tanto golpe.

La idea gloriosa de la independencia, se alzaba del vapor de la sangre; de las tumbas removidas; de las cenizas de los republicanos lanzadas al aire de los desiertos.

Un paso más sobre ese lago de sangre; un sacrificio más sobre la hoguera humeante del sufrimiento; una gota más de hiel á los labios del sentenciado sobre el madero de la revolución, y la patria estaba salvada!

#### II.

Estamos en las agrupadas montañas de Michoacán.

El mónstruo de la tempestad se ha alejado del horizonte donde se escuchan sus últimos bramidos.

Las estrellas comienzan á aparecer en el fondo del cielo como las luciérnegas del vacío.

Se oye el rumor tranquilo que levanta el silencio de la noche.

El agua de la lluvia se desliza por las hojas de los árboles, y cae á gotas sobre las plantas que se agrupaban al redor de los troncos.

Se oye el eco monótono de los insectos.

En una pequeña ranchería, compuesta de seis ó siete chozas de paja, había detenido una parte del ejército republicano, á las órdenes de Riva Palacio.

Los soldados encendían luminarias para secar sus destrozados vestidos á las llamas de las hogueras.

En uno de los jacalitos estaba el general republicano, rodeado de sus ayudantes que estaban pendientes de los labios del joven caudillo.

El poeta contaba chistes y ocurrencias felices que provocaban la hilaridad de los oficiales.

Riva Palacio jamás habla seriamente.

Sobre aquel hombre, los años de la juventud no han dejado huella alguna notable; vive con las ilusiones de la primera edad.

Su corazón no ha odiado nunca; acaso sea éste su mayor defecto.

Riva Palacio no tolera una conversación de cinco minutos seriamente: cuando menos lo espera su interlocutor, le espeta un verso ó un chiste que lo deja perplejo.

Riva Palacio es el hombre de la amistad, todo lo sacrifica, pasa sobre fuego por hacer una buena acción.

Hay en su alma un horizonte donde se proyecta el iris del cielo; allí está el amor del *hijo* y de la *esposa*.

Esos dos seres han arrancado mil veces sus lágrimas en las horas supremas de sus triunfos y de sus derrotas.

Ese cariño es el lado más vulnerable del joven soldado.

¿Quién habrá pronunciado el nombre de Josefina y el de su hijo, sin que haya vuelto hácia su lado á Vicente Riva Palacio?

Si esas dos flores del corazón llegaran á marchitarse, el hombre rodaría como un tronco desarrollado por el huracán.

Hay siempre en los mares de la adversidad una estrella que alumbra la noche de nuestro destino.

### III.

Riva Palacio animaba con todo el brillo de su imaginación á aquellos hombres desfallecidos, cuando él mismo necesi-

taba una voz extraña que lo levantase, si no en su fé, sí en sus marchitas esperanzas.

— Qué entrada á México, amigos míos! decía á sus oficiales; vean ustedes: en la boca-calle de Plateros levantaremos un arco magnífico con la estatua de la libertad, con esa bandera que les quitamos á los imperiales; ese arco es el nuestro es el de la brigada de Zitácuaro. Muchacho, saca el mezcál porque esto merece una copa!

El asistente sacó la botella, que corrió de boca en boca como un chisme, hasta vaciarse.

— Entonces, continuaba, estaremos bien vestidos, todos ustedes llevarán calzones blancos de paño, y franjas de oro. Qué espadas! qué pistolas! vamos, si parece que los veo hechos unos Napoleones, menos en lo rubio, porque todos somos "súbditos de color". Yo les ofrezco que al llegar á las orillas de México, haré que salgan; Perico Valle y Ventura Alcérreca, á darles lecciones sobre el modo de llevar la levita y calzarse los guantes; con ocho días de academia están de correr y parar; y ¡qué vida! cada soldado su cuarto en el hotel; no habrá rancho, ni toque de diana; á las ocho entrará el mozo á preguntar con qué se desayunan. No vayan á contestar con "atole," y me hagan quedar mal.

Los oficiales se echaron á reír con la ocurrencia de su general.

### IV.

El centinela dió el "quién vive" á un jinete, que gritó con toda la fuerza de sus pulmones: ¡libertad!

— Es *La Golondrina*, dijo uno de los oficiales.

Presentosé un guerrillero y entregó unos pliegos á Riva Palacio.

Los oficiales se retiraron.

El general leyó á la luz de la luminaria una carta de México, en que se le avisaba que Carlota salía del territorio, desesperada de la situación.

— Es la vanguardia del imperio; dijo Riva Palacio; la cosa marcha, la escena varía, no hay duda, tenemos *mutación*.

Desde luego se advierte por la fraseología, que Riva Palacio es autor dramático.

— Esta sí es noticia; mañana me pongo en marcha; la revolución toma un nuevo sendero; ¡señores! gritó á sus oficiales, que acudieron violentamente á la puerta de la choza: Carlota ha tomado las de Villadiego, el imperio se desmorona.

Los oficiales solemnizaron la noticia, que cundió instantáneamente en los grupos de los insurgentes.

Riva Palacio se sentó en el tronco de un árbol, y se entregó á las ilusiones que agitan el alma de los que yacen lanzados en el vaiven de la política.

## V.

Todo había quedado en silencio.

Las luminarias comenzaban á apagarse.

Las nubes condensándose en los picos de las rocas, envolvían en sombras más densas la selva y la montaña.

De repente se oyó una voz melancólica que levantaba una canción desconocida en el mundo de los sonos populares.

En medio del silencio se percibía claramente la letra que acompañaba el cantar:

La niebla de los mares  
Radiante sol aclara,  
Ya cruje la "Novara"  
A impulsos del vapor.  
El agua embravecida  
La embarcación azota,  
*Adiós mamá Carlota,*  
*Adiós, mi tierno amor!*

El ancla se desprende  
Y la argentada espuma  
Revienta entre la bruma  
Con lánguido rumor.  
En lo alto de la nave  
El estandarte flota,  
*Adiós, mamá Carlota,*  
*Adiós, mi tierno amor!*

¿Qué llevas á tus lares?  
Recuerdos de esta tierra  
Donde extendió la guerra  
Su aliento destructor.  
Las olas son de sangre  
Que por doquiera brota,  
*Adiós, mamá Carlota,*  
*Adiós, mi tierno amor!*

Más pronto de los libres  
Escucharás el canto,  
Bajo tu regio manto  
Temblando de pavor.  
Te seguirán sus ecos  
A la región ignota,  
*Adiós, mamá Carlota,*  
*Adiós, mi tierno amor!*

Verás de tu destierro  
En la azulada esfera  
Flotar nuestra bandera  
Con gloria y esplendor.  
Y brotará laureles  
La tumba del patriota,  
*Adiós, mamá Carlota,*  
*Adiós, mi tierno amor!*

Aquel canto era incisivo.

Brotaba del campamento como el eco que había recogido las últimas ideas del soldado al entregarse al sueño, y lo exhalaba en una armonía.

Pocos momentos después, los guerrilleros de la avanzada repetían el canto, como los zenzontles que recogen los silbos del pastor.

A la mañana siguiente, los cuatro clarines de la banda tocaban la "Mamá Carlota," y las mujeres de los soldados la repetían dulcemente para arrullar á los hijos.

La canción estaba popularizada.

Las músicas de los pueblos la tocaban en las fiestas y serenatas.

Se cantaba en los bailecitos, y los insurgentes se llenaban de entusiasmo al oír la "Mamá Carlota," que se improvisó en un canto de guerra.

La Marsellesa se levantó junto á la guillotina!

La Mamá Carlota brotó de las montañas de Michoacán!

Riva Palacio ignoraba en esos momentos que la pobre armonía exhalada de su cerebro en aquella noche memorable, tendría un eco poderoso en los campamentos, y sería el grito de guerra en el revuelto polvo de los combates!

